

Domingo III de Cuaresma, Ciclo A

El agua viva y verdadera

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Éx 17,3-7: Danos agua de beber

Salmo 94: Ojalá escuchen al Señor: "No endurezcan el corazón"

Rom 5,1-2.5-8: El amor ha sido derramado en nosotros

Jn 4,5-42: Señor, dame de esa agua

«Dame de beber»

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria, llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José: allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era cerca de mediodía.



Entonces llegó una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dijo:

«Dame de beber». (Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida).

La samaritana le contestó:

«¿Cómo Tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?»

(porque los judíos no se trababan con los samaritanos).

Jesús le dijo:

«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a Él, y Él te daría agua viva».

La mujer le respondió:

«Señor, si no tienes con qué sacar agua y el pozo es profundo, ¿cómo vas a darme agua

viva? ¿Eres Tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo del que bebieron él y sus hijos y sus ganados?»

Jesús le contestó:

«El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna».

La mujer le dijo:

«Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla.

Ya veo que eres profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y ustedes dicen que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén».

Jesús le dijo:

«Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así es como el Padre quiere que se le dé culto. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad».

La mujer le dijo:

«Sé que va a venir el Mesías, Cristo; cuando venga Él nos lo explicará todo»

Jesús le dijo:

«Soy yo, el que habla contigo».

Cuando los samaritanos llegaron a verlo, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó dos días. Muchos más creyeron en Él al oír su palabra, y decían a la mujer:

«Ya no creemos por lo que tú nos has contado, pues nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que Él es de verdad el Salvador del mundo».

Palabra del Señor

Superación de la religión y diálogo interreligioso

El texto estrella de la liturgia de hoy es el de la samaritana. Prácticamente, el capítulo cuarto entero del evangelio de Juan. El famoso episodio del encuentro de Jesús con la samaritana.

Algo que nos parece importante siempre que se comenta un texto del evangelio de Juan, es la apelación a su carácter simbólico peculiar. Juan no es un evangelio sinóptico, no es un texto narrativo, ni lo que nos cuenta es probablemente histórico. Juan es un evangelio enteramente simbólico, en el que los símbolos han sido extrapolados hasta desplazar a la realidad. En Juan no hay símiles, sino identificaciones: «Yo soy la vid», le hará decir Juan a Jesús; no “yo soy como la vid”, sino “yo soy la vid”. Más aún, “yo soy la vid verdadera”: las demás vides -las de la realidad- no son vides verdaderas. “Yo soy el Pan verdadero”: el resto de los panes serían... sucedáneos. Yo tengo el agua verdadera, la que “salta hasta la vida eterna”; la otra, la del H₂O, tal vez no quita la sed o ni siquiera es agua...

Al comenzar a comentar cualquier texto del evangelio de Juan es bueno recordar este estilo literario y simbólico enteramente peculiar de Jesús. Por respeto al público oyente sencillo, es conveniente recordar muy claramente que no estamos escuchando sencillamente la narración de una conversación tal como fue, sino que se trata de una sofisticada composición teológica, con intenciones muy profundas y nada fáciles de

detectar. Y que, claro está, se inscribe en el mundo mental e ideológico peculiar de Juan, enormemente alejado del nuestro; y que esta barrera cultural que nos separa del autor exige prudencia para no dar por válida cualquier conclusión.

De entre las muchas interpretaciones de que este texto puede ser objeto, nos vamos a fijar en dos, muy elocuentes hoy día: la de la superación de la religión y la apertura al diálogo interreligioso.

Está de moda el diálogo interreligioso en la teología y en el cristianismo en general. La situación del mundo actual no solo lo posibilita, sino que lo hace inevitable. El mundo actual está “barajado” religiosamente. A diferencia del pasado, en el mundo actual las sociedades son plurales, cultural y religiosamente. Las migraciones, los intercambios de todo tipo, y la misma «mundialización», hacen que todas las religiones se encuentran hoy diariamente con las demás, mientras que durante milenios vivieron prácticamente aisladas, tan distantes, que cómodamente podían pensarse a sí mismas como únicas.

Jesús no vivió en un contexto religiosamente plural, como el nuestro, pero sí tenía que pasar por Samaria en sus viajes entre Galilea y Jerusalén. Este episodio simbólico del evangelio de Juan nos permite representarnos el comportamiento de Jesús respecto a este pueblo que, si bien no era propiamente de “otra religión”, era considerado más distante incluso, por ser tenido como hereje, o cismático.

Jesús dialoga con la samaritana, y por propia iniciativa. Juan no nos lo presenta como a la defensiva, o solo respondiendo. La iniciativa original, el acercamiento al diálogo es de Jesús.

Puede ser importante destacar que Jesús dialoga interreligiosamente porque tiene un trasfondo de «teología pluralista de las religiones», como podríamos decir en lenguaje actual, con evidente anacronismo. No es primero el diálogo, y después la teología de las religiones, sino al revés: porque se tiene una visión abierta de la relación entre las religiones, es por eso por lo que se puede dialogar interreligiosamente.

«¿Dónde hay que adorar, en Jerusalén o en Garitzín?», le pregunta la samaritana. O sea, más claramente, ¿cuál es la religión verdadera? Y Jesús tiene una respuesta verdaderamente revolucionaria, que todavía no han asimilado los teólogos del pluralismo religioso. Jesús no dice que Jerusalén o Garitzín resulten opciones inválidas (religiones falsas), pero sí dice que quien quiera ir más al fondo («los verdaderos adoradores») no va a tener que ir ni a un lugar ni a otro, no van a tener que vivir con una u otra religión, sino «en espíritu y en verdad», es decir, adentrándose verdaderamente en la «religión» profunda.

Es una respuesta revolucionaria: las religiones son relativas, hay algo más allá de ellas, a cuyo servicio están todas —o debieran estarlo—. No hay una religión concreta que sea absoluta, a la que todas las demás debieran ceder el paso. La única religiosidad absoluta (la “única religión verdadera”) es la «adoración en espíritu y en verdad», más allá de cualquiera de las religiones.

Se extiende y se cita cada día más la distinción entre «religión y religación»... y aparece como más importante la segunda, la «religación» -sin atarla demasiado a la etimología de la palabra-, mientras que la religión, las religiones, no serían más que formas concretas diferentes que esa dimensión profunda del ser humano ha adoptado en una determinada época de la historia. Lo importante -es obvio- no son las formas, sino el contenido que vehiculan, la dimensión profunda a la que responden. ¿Y quién nos dice que esa dimensión profunda de «religación» no puede asumir otras formas diferentes, o que no las está asumiendo ya, y que eso que llamamos «crisis de la religión» no sea más que una transformación hacia las formas que la religación va a adoptar en el próximo futuro? Probablemente la crisis de la religión va a ser -o está siendo ya- la mejor oportunidad de la religación, de la espiritualidad.

Los malos y buenos recuerdos

Cuando por el pecado tengamos la sospecha que el aliento de Dios nos va faltando, sintiéndonos espiritualmente desnudos e intentando cubrirnos desde nosotros mismos; no se nos haga raro que preguntemos como lo hizo Israel: “¿Está o no está Dios en medio de nosotros?” No vayamos a murmurar culpando a Dios del mal o resignarnos con nuestra debilidad, sino acudir a la comunidad o la iglesia para que golpee la peña, palabra y sacramentos, sanando las secuelas del pecado y reparando nuestras fuerzas. Y a lo ocurrido donde y con quien haya sido, llamémoslo para no recordarlo: *Masá y Meribá*, con la confianza en Dios y la prudencia nuestra para que no vuelvan a aparecer en el camino de la conversión: “hermanos, la esperanza no defrauda porque Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo... Y la prueba de que Dios nos ama es esta: que Cristo murió por nosotros, cuando aún éramos pecadores” (Segunda lectura).

De las cisternas a los pozos

Siempre que un judío escucha hablar de la mujer samaritana infiel a su marido, lo primero que recuerda es la historia de Oseas, quien experimentó el pecado del pueblo en la persona de su propia esposa adúltera, pensando que su tragedia personal era el fracaso del amor de Dios: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a Él; y Él te daría agua viva... el agua que yo le daré se convertirá en él en un manantial capaz de dar la vida eterna” (evangelio).

Jesús quiere ayudarle a la mujer a descubrir como su proverbial deseo de amar y ser amada podía ser satisfecho sin ídolos: “Me dejaron a mí: fuente de aguas vivas, para hacerse a cisternas agrietadas que no pueden contener el agua” (Jr 13).

Compartamos la fe

La contraposición que Jesús hace no es tanto entre el culto externo e interno, sino entre el culto al afecto carnal de los esposos (*baales*, dioses) y el culto espiritual como el de

Nicodemo, renacido de lo alto; porque lo nacido de la carne es carne y lo nacido del Espíritu y el bautismo es espiritual. El Espíritu en Juan es el Espíritu de la verdad: “yo soy, el que habla contigo” (evangelio). Así cambia Jesús los afectos, baales, de la samaritana para que ella tenga incorporado en su corazón el Espíritu y el bautismo: “Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho ¿no será este el Mesías? Salieron del pueblo y se pusieron en camino hacia donde Él estaba... muchos más creyeron en Él al oír su Palabra. Y decían a la mujer. Ya no creemos por lo que tú nos dices, pues nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que Él es de veras el salvador del mundo” (evangelio).

A los discípulos que venían de compras para comer, les dice: “Tengo un alimento para comer que ustedes no conocen”: “Mi alimento es hacer la voluntad de quien me envió y terminar su tarea”. “Miren y vean los campos maduros para la cosecha”. La samaritana y los muchos habitantes de Sicar que reciben sus palabras son sus primeros frutos.

“Señor que no seamos sordos a tu voz”. “Hagámosle caso al Señor que nos dice: No endurezcan el corazón, como el día de la rebelión en el desierto, cuando sus padres dudaron de mí, aunque habían visto mis obras”.

En Él solo la esperanza

Francisco, Ángelus, Plaza de San Pedro, domingo 23 de marzo de 2014

Queridos hermanos y hermanas, buenos días:

“El evangelio de hoy nos presenta el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, que sucedió en Sicar, junto a un antiguo pozo en el que la mujer iba cada día para buscar agua. Aquel día Jesús, sentado y cansado por el viaje la encontró.

Él enseguida le dijo: 'Dadme de beber'. De esta manera superó la barrera de hostilidad que existía entre los judíos y samaritanos y rompió el esquema de prejuicios contra las mujeres. El simple pedido de Jesús es el inicio de un diálogo franco mediante el cual él, con gran delicadeza entra en el mundo interior de una persona a la cual, según los esquemas sociales, no debía ni siquiera dirigirle la palabra.

Entretanto Jesús lo hace. Jesús no tiene miedo y cuando ve a una persona no se queda atrás porque la ama, nos ama a todos, no se detiene nunca delante de una persona por prejuicios.

Jesús la pone delante a su situación, no juzgándola sino haciéndola sentir considerada, reconocida y suscitando así en ella el deseo de ir más allá de la rutina cotidiana.

Aquella sed de Jesús no era tanto sed de agua, sino de encontrar un alma que se había vuelto árida. Jesús tenía necesidad de encontrar a la Samaritana para abrirla el corazón: le pide de beber, para poner en evidencia la sed que había en ella misma. La mujer queda tocada por este encuentro: le dirige a Jesús aquellas preguntas profundas que todos tenemos adentro, pero que con frecuencia ignoramos.

También nosotros tenemos tantas preguntas para plantear y que no encontramos el coraje de dirigirselas a Jesús. La cuaresma es el tiempo oportuno para mirarnos adentro, hacer emerger nuestras necesidades espirituales más verdaderas y pedir la ayuda del Señor con la oración. El ejemplo de la Samaritana no invita a expresarnos así: “Dame aquella agua que me quitará la sed por la eternidad”.

El evangelio nos dice que los discípulos se quedaron maravillados de que su Maestro hablara con aquella mujer. Pero el Señor es más grande que los prejuicios y no tuvo temor de detenerse con la Samaritana. La misericordia es más grande del prejuicio. Y Jesús es enormemente misericordioso.

El resultado de aquel encuentro junto al pozo fue que la mujer quedó transformada: 'Dejó su ánfora' con la cual iba a buscar el agua y corrió a la ciudad a contar su experiencia extraordinaria: 'He encontrado un hombre que me ha dicho todas las cosas que he hecho. Ojalá sea el mesías'. Está entusiasmada. Fue a buscar el agua del pozo y encontró otra agua, el agua de la vida de la misericordia que salpica vida eterna.

Ha encontrado el agua que siempre había buscado. Corre al pueblo, a aquella población que la juzgaba, condenaba y la repudiaba. Y anuncia que había encontrado al mesías. Uno que le ha cambiado la vida, porque cada encuentro con Jesús nos cambia la vida: siempre es un paso más cerca de Dios. Así cada encuentro con Jesús nos cambia la vida. Siempre es así.

En este evangelio encontramos también nosotros el estímulo de 'dejar nuestra ánfora', símbolo de todo lo que aparentemente es importante, pero que pierde el valor delante del “Amor de Dios”.

Todos tenemos una, o más de una. Yo les pregunto y me lo pregunto también a mi: ¿Cuál es esa ánfora que nos pesa. Esa que los aleja de Dios, dejémosla aparte y con el corazón escuchemos la voz de Jesús que nos ofrece otra agua: el agua que nos acerca al Señor. Estamos llamados a descubrir la importancia y el sentido de nuestra vida cristiana iniciada en el bautismo.

Y como la Samaritana debemos dar testimonio a nuestros hermanos de la alegría, la alegría del encuentro con Jesús. Porque como les he dicho, cada encuentro con Jesús nos cambia la vida, y también cada encuentro con Jesús nos llena de alegría, esa alegría interior que viene. Así es el Señor. Y contar cuantas cosas maravillosas sabe hacer el Señor en nuestros corazones cuando nosotros tenemos el coraje de dejar aparte nuestra ánfora.

A gusto con Dios

José Antonio Pagola

La escena es cautivadora. Cansado del camino, Jesús se sienta junto al manantial de Jacob. Pronto llega una mujer a sacar agua. Pertenece a un pueblo semipagano, despreciado por los judíos. Con toda espontaneidad, Jesús inicia el diálogo con ella. No sabe mirar a nadie con desprecio, sino con ternura grande. «Mujer, dame de beber».

La mujer queda sorprendida. ¿Cómo se atreve a entrar en contacto con una samaritana? ¿Cómo se rebaja a hablar con una mujer desconocida? Las palabras de Jesús la sorprenderán todavía más: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, sin duda tú misma me pedirías a mí, y yo te daría agua viva».

Son muchas las personas que, a lo largo de estos años, se han ido alejando de Dios sin apenas advertir lo que realmente estaba ocurriendo en su interior. Hoy Dios les resulta un «ser extraño». Todo lo que está relacionado con él les parece vacío y sin sentido: un mundo infantil cada vez más lejano.

Los entiendo. Sé lo que pueden sentir. También yo me he ido alejando poco a poco de aquel «Dios de mi infancia» que despertaba, dentro de mí, miedos, desazón y malestar. Probablemente, sin Jesús nunca me hubiera encontrado con un Dios que hoy es para mí un Misterio de bondad: una presencia amistosa y acogedora en quien puedo confiar siempre.

Nunca me ha atraído la tarea de verificar mi fe con pruebas científicas: creo que es un error tratar el misterio de Dios como si fuera un objeto de laboratorio. Tampoco los dogmas religiosos me han ayudado a encontrarme con Dios. Sencillamente me he dejado conducir por una confianza en Jesús que ha ido creciendo con los años.

No sabría decir exactamente cómo se sostiene hoy mi fe en medio de una crisis religiosa que me sacude también a mí como a todos. Solo diría que Jesús me ha traído a vivir la fe en Dios de manera sencilla desde el fondo de mi ser. Si yo escucho, Dios no se calla. Si yo me abro, él no se encierra. Si yo me confío, él me acoge. Si yo me entrego, él me sostiene. Si yo me hundo, él me levanta.

Creo que la experiencia primera y más importante es encontrarnos a gusto con Dios porque lo percibimos como una «presencia salvadora». Cuando una persona sabe lo que es vivir a gusto con Dios, porque, a pesar de nuestra mediocridad, nuestros errores y egoísmos, él nos acoge tal como somos, y nos impulsa a enfrentarnos a la vida con paz, difícilmente abandonará la fe. Muchas personas están hoy abandonando a Dios antes de haberlo conocido. Si conocieran la experiencia de Dios que Jesús contagia, lo buscarían. Si, acogiendo en su vida a Jesús, conocieran el don de Dios, no lo abandonarían. Se sentirían a gusto con él.